

BOLETIN DE CULTURA

BIBLIOTECA CIRCULANTE
DE LA SECRETARIA GENERAL

COMISARIA GENERAL DEL CUERPO
DE SEGURIDAD (GRUPO CIVIL)
MADRID

Año I • 1 de Agosto de 1938 • Núm. 4

Los malos lectores

No puede decirse que se lee el que lee, sino que comprende o por lo menos intenta comprender lo que lee. ¡Qué pocos lectores encontramos! Conocemos el lector que quiere pasar el rato», ¡bastantes preocupaciones tiene uno!, es el más común: cierra a la segunda página el libro que ya desde un principio trata de no trabajar su inteligencia y lo desprecia con un gesto, «vaya una pesadilla». Hay lectores que, como dice Unamuno en un modo de cuento, dan más importancia al hilo en que van ensartando las perlas que a las perlas mismas: son los devoradores de esa ingente montaña de literatura que se hincha de aventuras y truculencias policíacas; no les da las obras de los autores que ponen toda su delicadeza y amor en las palabras; buscando el hilo, la trama, el argumento, terminarán la lectura en una carrera de páginas saltadas sin haber percibido ni una sola perla... Y hay

el lector que antes de comenzar una obra, busca los últimos párrafos, ¡ay del libro que no termine a su gusto!, yacerá en abandono... Y el pseudo crítico que recoge todos los prejuicios que ha mal entendido en conversaciones de otros, éste rechazará las obras de los autores que él ya ha clasificado categóricamente: ¿Valle Inclán?, un excéntrico; de los rusos, ni hablar, ¡qué pesados!; Unamuno, un «chhalao»; García Lorca, un inmoral; Gabriel Miró, nunca dice nada, palabras y más palabras... Así nos coloca toda su maravillosa erudición, y si le decís que «los rusos» son en el último cuarto del siglo XIX los maestros de la novela, o que los autores españoles que cita son de los pocos traducidos y estimados en el extranjero, quizás se extrañará, buscando con alguna evasiva ocultar su desconocimiento de los criticados a los que ni siquiera ha intentado leer. ¡Hay tantos malos lectores!

AHSMAPI

EL «YO» AL TRAVES DEL LIBRO

Un jardín amplio y soleado. Recortes de boj con traza infantil. Junto a las piedras olvidadas, los brotes amarillos del jaramago. Un libro; el confidente, el amigo sinuoso, la mujer seductora, tríptico de sensaciones convergentes en el "yo", esa magistral creación de Mauricio Barrés, que pone todas las sensaciones alrededor del egocentrismo—un poco frailuno por lo recoleto, y un poco sensual por lo imaginativo—, de los pensamientos que se estratifican, más sobre el corazón que sobre el cerebro.

En el diálogo sin palabras, el lector y el autor, analizan la vida social y socializan con el bisturí de las meditaciones, esas formas quiméricas de que se ríen los hombres, y sin embargo encuentran en la floración adolescente, toda la graciosa plenitud de los mitos. Sin quererlo, todo libro es una propaganda. Por eso los pedantes sin libros, o son tozudos como los caballeros del medioevo, o son ilusos por el exceso de utilitarismo práctico, como Crusoe en sus trabajos en la isla solitaria. El libro es el confidente que nos acerca a la vida social, y sin dejar de ser el formador del "yo" es el manipulador traumatúrgico de las grandes renovaciones populares.

Es también el libro la palanca del psicologismo. Nos hace penetrar dentro de nosotros mismos, para construir el mundo maravilloso de la realidad, no plegando nuestra individualidad a la vorágine de los acontecimientos, sino encadenando estos a la fuerza siempre creadora del análisis.

Confidente, consejero y amante, un libro es la prolongación de nuestra propia vida y el eslabón que nos une a la humanidad. Nos aísla y nos agrupa. En esta paradoja saltan las cualidades creadoras del "yo", y las sublimes contemporizaciones de la fraternidad. Vivimos en nosotros mismos, pero vivimos para los demás.

Las esencias del libro penetrando en el "yo", le depuran y enaltecen. En las tablas de la ley del progreso merece un punto destacado. Sobre su relieve clásico a neologista se perfila el triángulo de la vida: comprender, saber y amar.

M. RODRIGUEZ

Junio de 1938.

PROVERBIOS

SENECA

Mayor mal es causar una injusticia que recibirla.



Doble valor tendrá el beneficio que otorgamos sin que nos lo hayan cobrado.



Procura en tus estudios no saber más que los otros sino saberlo mejor.



No hay lugar tan estrecho donde no se pueda elevar el pensamiento.



Justa causa de alegría es ver alegre a un amigo.



No es pobre el que tiene poco, si no el que desea más.



Ninguno es más noble que otro excepto aquél cuyo entendimiento es más recto y más apto a las buenas artes.



Triste cosa es no saber morir.

Una mañana

Sobre el campo del mundo, destrozado de odios, una mañana el sol
subirá cantando paz.

¿Cómo ha sido? Las mil guerras entre los hombres se han apagado
y el primer pájaro se atreve a cantar, y la primera abeja busca sobre
Tierra en desolación, la primera flor que quiera reventar de gozo.
campesinos, los hombres vuelven a los campos, a las ciudades.
ciudad, qué pueblo es aquel que levanta su torre, que se ensancha a los
jos? ¡Quién sabe!... Sí alguien lo sabe: el Hombre, el caminante apres-
rado que lleva sobre los hombros y en las manos vacías toda su forma.
Los campos en derredor son los mismos, destrozados, hollados por
hierro y el odio; hasta los árboles en colgajo son los mismos. Sí, el hombre
noce bien.

Las primeras casas derrumbadas hacen muralla con los que fueron
rapetos. Son los restos de las de antes. La calle se va metiendo entre
casas; de trozo en trozo alguna fachada desgajada, rompe la línea de
acera. ¡Qué poca gentel unos viejos, unos niños, algunas mujerucas, y
dos con las almas y los cuerpos envueltos de negro. El Hombre busca
casa, la casa de los suyos, la de los que nunca abandonan, a la que
actúe como último refugio; una incertidumbre en su esperanza se le sale
a la mirada...

... Aquí fué, fué, pero ya solo es un montón de escombros. Un
mento revuelve entre ellos como si esperase encontrar y sentir ese aliento
que brota de los ancianos y de los niños, esa presencia de la mujer que
ambienta el aire de los hogares. ¡Nada! Solo una fotografía vieja, sucia de
tierra y yeso; un trozo de jergón retorcido, mohoso, agujereado; un zapato
arrugado, lleno de polvo... Nada aquí, nada en el Mundo y lo que es peor
lo que siente desolándole el alma, es que, nada por dentro: ni fé en la
manidad, ni esperanzá en el porvenir, ni voluntad para una obra. Despacito

con toda el alma en el suelo arrastras de su vida joven, derrotada, salta a la calle y se sienta sobre una piedra de la fachada caída.

Cruzan algunos vecinos haciéndose paso a paso la vida. No lo perdieron todo y del hilillo que les une al vivir pasado, van hilándose un nuevo vivir. El hombre los mira pasar con los ojos perdidos. Roe sin ganas un mendrugo que sin saber porqué sacó del bolsillo. Alguien a su lado, roe también en otro mendrugo su abatimiento. Sentada sobre la misma piedra, una mujer en edad plena de vida, tiene los ojos huidos en un pasado lejano. Un doble llamar sin voz, silencioso les ha hecho volverse el uno hacia el otro: se han contemplado un instante. —¿ha sido el dolor, el pan o el pasado?—, luego se han desgranado las palabras mientras se volvían a mirar las fachadas destrozadas. En un impulso, el hombre se levanta y tiende su mano a la mujer. Así caminan juntos, firmes, vida adelante, sintiendo los corazones henchidos de sol, de fe, de voluntad.

Ha nacido el espíritu de la nueva vida. El pájaro recién llegado construye el entramado de su nido, y la abeja primera, en el cáliz de la flor brotada del campo en desolación, se bebe el sol y la tierra que serán miel, esencia y alimento de un mañana feliz.

AHSMAPI

VISADO POR LA CENSURA



LUTO EN EL BRONCE

Los pinceles que tan bien supieron expresar la sombra trágica de la raza bronceña, se quedaron sin la mano que los movía al conjuro de una inspiración que era toda ella humano sentimiento... Y el alma de la ciudad que inspiró tantas bellas obras, vistióse de luto, puso sobre sus ojos la negra mantilla y fuese por los arrabales a llorar su desventura.

Caminando por los típicos lugares que él recorría, iba recordando escenas e imágenes que ella sugirió y que su artista reflejó fielmente.

¡Su artista!... Figura trigueña, sombrero de alas anchas y planas y capa que llevaba en sus pliegues todo el ritmo de las zambras gitanas que él tan bien supo interpretar, y cuyos ojos claros parecían oscurecerse al influir de la sombra de sus cuadros.

Y surgen también en su recuerdo «La chiquita Piconera», «Cante jondo», «Rivalidad», «Carcelera» y «La consagración de la copla», que plasmaron todas y cada una de ellas los variados matices de una raza que al sufrir dice sus pesares cantando...

Preso en su dolor va recordando todas las imágenes que pasaron fugaces, dejando, sin embargo, toda la esencia de su alma prendida en los pinceles de su ídolo.

¡Su pintor!... Su congoja se hace lágrimas que le queman las mejillas, rebelde a su triste pesar, torna a la ciudad que aparece blanca de casita y luz de luna.

Cada rincón le dice del que fué y espera verlo de uno a otro instante envuelto en su capa y dando cara al firmamento, en un ansia de volar más alto; quiere verlo otra vez; espera ver su figura por entre las calles de la ciudad de la que ella es esencia; pero ¡ay!, su corazón se rompe... que en el silencio de la noche surge algo que es símbolo de aquella raza, y que con el sombrero en la mano, el negro rizo cayéndole sobre la frente, se encuentra con ella y le dice con hondo desconsuelo y sollozos de soledad:

Por Santa Marina entré
buscando a Julio Romero
serrana, y no lo encontré.

J. M. C. S.

DOS CUADROS DE JULIO ROMERO DE TORRES

Ante la "Piconera"

por A. M. O.

Tienes en tus ojos fijos
una pena traicionera.
Unos negros celos, hijos
de tu ensueño, Piconera.

En tu epidermis morena,
hecha de aceituna y nardo
no se advierte ni una vena...
Contemplándote yo ardo

en ese sensual venero
con que te pintó Romero
de Torres... Como el picón

que remueve tu badila,
arden tu fatal pupila
y tu roto corazón.



"Carcelera"

por Portol

Un hombre. Una mujer pura guitarra.
Entre los dos, carcelera, una reja.
La mirada de él: nostalgia que desgarrar.
(Ni un suspiro se siente)
En la mirada de ella, muda queja
que se frunce en los surcos de su frente.

Un viaje al Extremo Oriente. - 4

por E. ...

El calor en los camarotes era tan intenso que la mayor parte del pasaje tenía que dormir en sillitas y butacas colocadas en cubierta, hasta el amanecer en que comenzaban las faenas de baldeo y limpieza. Por lo demás el viaje era distraído. Por las mañanas hacíamos deporte, después almorzábamos, y luego de leer o escribir un rato, al obscurecer, se oía música a cuyo son la gente joven bailaba hasta la hora de la cena y aun después. Varios artistas que iban a bordo nos entretenían hasta hora muy avanzada de la noche.

Después de la travesía del Mar Rojo llegamos a Aden, puerto inglés donde se pasan a veces infinidad de días sin llover. El agua tienen que llevarla buques tanques de otros lugares, conservándola en cisternas. La vegetación no existe; por todas partes no se ven más que piedras desnudas. El calor es tan intenso que los europeos sólo pueden circular por sus ropas antes de la salida del sol.

A los quince días de nuestra salida de Barcelona, dimos vista a Colombo capital de la isla de Ceylán, donde la tradición señala que estuvo llamado Paraíso Terrenal. Por la exuberancia de su vegetación y extraordinaria riqueza de colorido, si no estuvo en Colombo mereció estarlo. A pocos kilómetros de la capital se extienden los maravillosos bosques de canela que antes de entrar en ellos se dejan sentir por su exquisito aroma.

Algunos pasajeros se dedicaron a recorrer Colombo en los clásicos *ritchows* tirados por indígenas, en coches con caballitos del país o en autos.

Abandonamos Colombo muy satisfechos de la estancia en dicho puerto y con deseos de visitarlo en otra ocasión más detenidamente.

Al salir el Nagasaky Maru puso proa al estrecho de Malaca, llegando a Singapur a los tres días, dejando a la derecha la isla de Java. La belleza en Singapur no puede ser más bella ni de más emoción, por la magnificencia del paisaje que la rodea. Los buques de todos los portes atracados en los muelles, por lo que éstos no tardan en verse invadidos de una multitud abigarrada que ofrece a los pasajeros las cosas más diversas: sombreros, abanicos, telas, pájaros, monos, etc. Enseguida se entabla una batalla campal entre los *culis* de los ritchows, que se disputan por la bravura de los pasajeros que van a visitar la población. Casi siempre interviene la policía que con unos cuantos porrazos, repartidos a derecha e izquierda, solucionan el conflicto enseguida.

(Continuará)